

La cola del diablo

Bruno Estañol

Neurólogo de profesión, pero escritor por vocación, Bruno Estañol, autor de La conjetura de Euler, Fata Morgana y El féretro de cristal, ejemplos de su prolífica labor como narrador, desovilla en este relato la historia tragicómica de un personaje que ha logrado fortuna y amores de manera misteriosa y en la que se entromete el mismísimo Lucifer.

el anónimo redactor, editor e impresor del único número de *El Zoquete Ilustrado*—no se sabe si era ilustrado por las figuritas que desplegaba o si el oxímoron aludía a la extraña posibilidad de que los zoquetes se ilustraran— pergeñó la siguiente nota necrológica, exornada de fotografías borrosas color sepia:

... en el año del catorce murió don Polo Valentino hecho una desgracia; en los últimos meses apenas se podía mover, lo tenían que bañar, alimentar y atender de sus más elementales necesidades (sic), ponerle babero y pañales, se había convertido en un babieco; lejanos quedaron los días en que don Polo presumía que era un garañón, semental y verraco engendrador, a lo largo de los pueblos de Tabasco, Chiapas, Campeche y Guatemala, de más de ciento cincuenta hijos; él decía que no era exageración ya que llevaba cuenta exacta en el mango de madera de una daga Sölingen que siempre llevaba al cinto, y que no era su culpa, si, como a todos los grandes machucadores, a veces le enjaretaban hijos de otros machucantes competidores; sea como fuere, don Polo pasaba por los pueblos y reconocía a los crios por un defecto en la oreja izquierda, que la tenían más baja y más arrugada, y por cierta marca azul cerca del culo; rasgos que declaraban a voces su impronta; don Polo no discriminaba y preñaba ecuménicamente a criollas, indias y mestizas, y sobre todo a casadas y viudas porque a las sol-

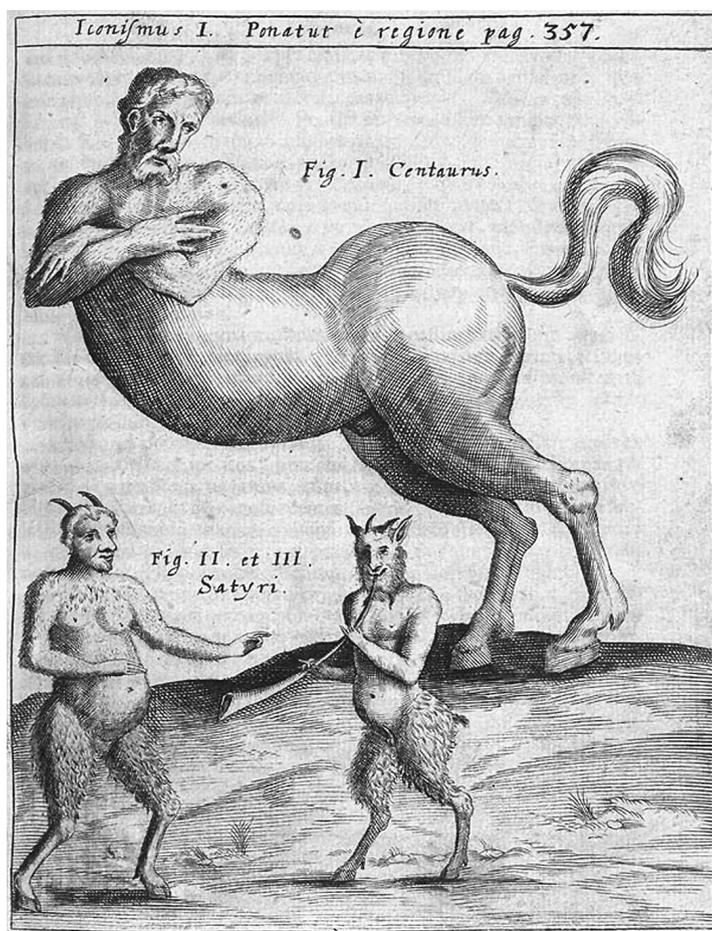
teras las perdonaba de vez en cuando, para agarrarlas cuando ya estaban casadas; en una libretita anotaba la fecha de la encaramada inseminatoria, y después, dejaba, con discreción, en la mesa de la cocina, un peso de plata para cuando el niño o la niña hicieran la primera comunión; siempre tenían que gustarle por algo; las mujeres le gustaban nalgoncitas y con algo de carne, aunque siempre confesó que el cabello largo y los ojos grandes y brillantes era lo que más excitaba su monomanía Giovannessa; cuando regresaba por esos pueblos de Dios, sucesivamente azotados por la lluvia y calcinados por el sol, revisaba las orejas y el culo de los crios y, si comprobaba su herencia, les daba otro peso de plata y se congratulaba de su potencia y puntería; don Polo era un hombre alto, fuerte, siempre vestido de dril beige, con ojos amarillos y pícaros y que veían con gran atención a las damas y al dinero; dicen que era un gran piropeador y siempre de buen humor cuando estaba con mujeres; las enamoraba contando chistes y diciéndoles cuán guapas eran y qué grupa formidable mostraban, acaso también les ofrecía algún dinero o trabajo para sus maridos; don Polo Valentino era el hombre más rico de Tabasco; su fortuna la había hecho con la ayuda de don Porfirio quien le había concedido inmensos bosques tropicales, y así arrasó a la floresta de cedros y caobas de las riberas de los grandes ríos y luego de los bosques de Chiapas, dejando en su lugar a la manigua y bosques bajos de acahuales; después construyó

unos barcos de vapor con ruedas traseras; los indios trabajaban para él, día y noche, aserrando las caobas y cedros en las monterías y echando las trozas de madera al río mientras vivían en la vana esperanza de algún día condonar la deuda inacabable de la tienda de raya; y así fue que don Polo se convirtió en el hombre más rico en una región llena de pobres descalzos vestidos de manta blanca y sombreros de paja de ala ancha

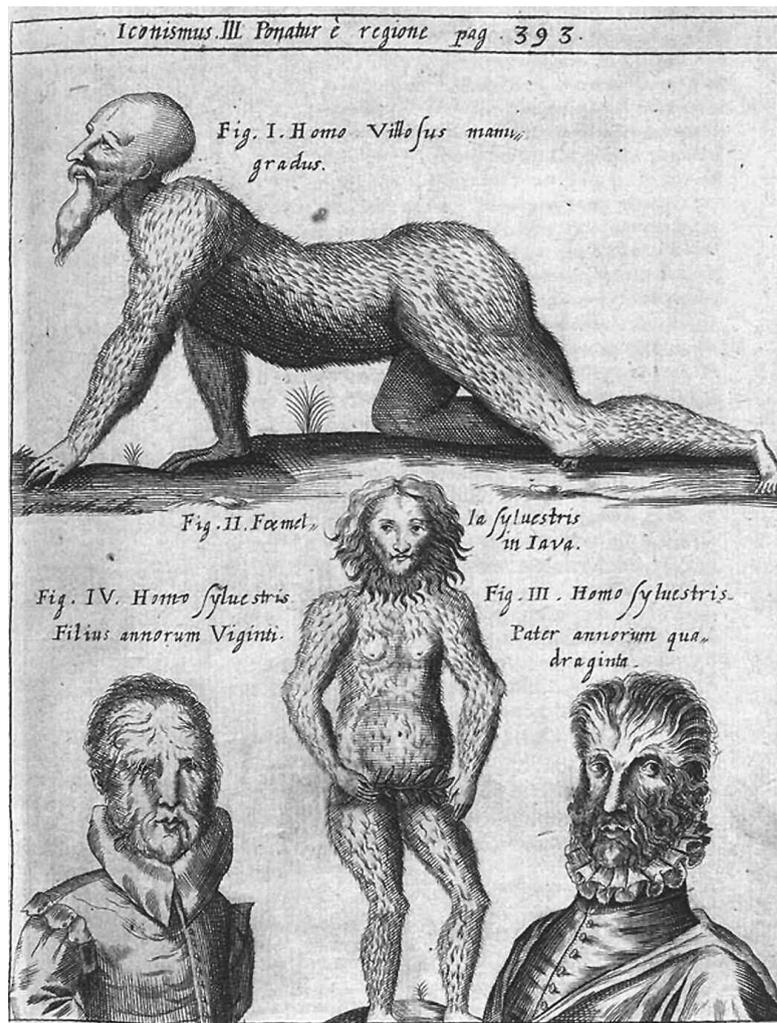
esa tarde llegó el panadero al portón de mi casa, abrió una tijera de madera y sobre ella extendió una batea llena de pan: el olor de los panes inundó la tarde: chilindrinas, conchas, bizcochos, suspiros, campechanas, piedras, banderillas, hojaldras redondas, panqués, queques, empanadas rellenas de crema, panes con pasas y con higos, panetelas; yo quería tomar más de dos panes, pero mi madre dijo, inapelable, no puedes tomar más de dos panes porque no eres la hija de don Polo Valentino; yo no dije nada y me puse las manos en la espalda y bajé un poco la cabeza, después nos fuimos a la cocina y mi madre y yo nos sentamos a la mesa y tomamos chocolate caliente con el pan dulce que habíamos escogido; me mantuve callada y ella me miraba de reojo; el panadero se había reído de lo que mi madre había dicho y yo había quedado un poco avergonzada; pensaba, tal vez sí soy la hija de don Polo, y mi papá no lo sabe; entonces mi madre me dijo que don Polo era muy rico porque había hecho pacto con el diablo y que con

este pacto había logrado no sólo tener mucho dinero sino todas las mujeres que quiso, pero que don Polo vivía como siempre había vivido, durmiendo en hamaca y tomando chocolate con agua; yo tenía ganas de preguntarle cómo era que don Polo enamoraba a las mujeres y si había sido guapo y fuerte y también tenía ganas de preguntarle si don Polo no la había enamorado a ella; me dijo después que más bien don Polo agarraba desprevenidas a las mujeres y, cuando venían a ver, ya el garañón las había marcado con su fierro candente; más tarde cuando llegó mi padre no le dije nada de mis pensamientos; me puse mi camisón de dormir y me fui a mi cuarto como si nada porque al otro día tenía que levantarme temprano para ir a la escuela; pero no me dormí, me levanté sin hacer ruido, caminé hasta la recámara de mis padres y puse el oído en la cerradura de la puerta cerrada y traté de escuchar lo que hablaban; pensaba que iban a hablar de mí, pero sólo escuché sus voces en murmullos rápidos; al principio no entendía de lo que hablaban, pero poco a poco fui entendiendo un poco más; no grites, porque nos va a oír la niña, muerde la almohada, dijo mi padre; no quiero, dijo mi madre; azótame, muérdeme, dijo mi madre; me da miedo lastimarte, no puedo, dijo mi padre; si no me das duro y me azotas, te mato, dijo mi madre

prosigue la nota de *El Zoquete Ilustrado: ¿Cómo había logrado don Polo su riqueza y su variada y colorida acti-*



vidad amorosa?, ¿cuántas mujeres había tenido? Como a don Giovanni, le hubiera gustado decir: en España "mille e tre"; ¿cuánto terreno en realidad tenía? Había nacido en un rancho en la ribera del río Mezcalapa y apenas sabía leer y hacer cuentas, aunque sabía calcular los intereses y los réditos; dormía en un catre de lona con pabellón de gasa y a veces en una hamaca; rara vez tomaba alcohol, se bañaba a las cuatro de la tarde y como a las seis se sentaba a la mesa de la cocina y cenaba siempre lo mismo: un plátano macho cortado a lo largo con un pedazo de queso en el centro al que le había puesto media cucharadita de azúcar y que lo asaba a fuego lento en las brasas del fogón, lo acompañaba con una jícara de espumoso chocolate con agua; tenía un dogo negro, feroz, a quien le había puesto Bull y se pasaba casi todo el tiempo en su rancho El Carmen con una escopeta en la mano y un revólver Browning calibre 38 en el cinto; los que lo conocían estaban seguros de que tenía pacto con el diablo; en las noches de luna llena llevaba chocolate y queso desmoronado al enemigo malo y en esas noches plateadas trazaba un círculo de tiza en el suelo; en el entretanto el dogo Bull aullaba en la tenebra mientras don Polo pronunciaba palabras ininteligibles; el maligno aparecía oscuro y montado en un garañón negro; otras veces aparecía vestido de traje y fumando: el humo salía por su boca delgado y con fuerza; era cosa rara ver a un hombre vestido de frac en medio de la selva fumando un pitillo largo; dicen que el diablo nunca ofrece, escucha lo que le piden y casi siempre sabe lo que le van a pedir, y don Polo le pidió dinero y poder y también ser un gran seductor, o tal vez no un gran seductor, pero sí tener muchas mujeres; no le pidió, como otros personajes más célebres que han lidiado con el maligno, el conocimiento o el logro de una obra artística, o científica, ni tampoco la juventud eterna o la inmortalidad; pero, como don Giovanni, parecía no haberse arrepentido de sus peticiones, es posible que el maligno le haya concedido demasiado, ya que ni siquiera se arrepintió a la hora de su muerte, y no convocó al cura ni le rezaron responsos; mi compadre don Lucas afirma que él hubiera escogido tener mujeres de diversas naciones como don Giovanni y no las mujeres de las riberas de los ríos; el humilde perpetrador de El Zoquete Ilustrado confiesa no creer demasiado en tales historias, aunque los crédulos campesinos decían que se les erizaban los pelos tiesos al escuchar los conjuros y aullidos del circunferenciado; dijeron que el diablo le había dejado una marca y que era un tatuaje rojo y azul que le había dibujado, indeleble, en la espalda; y que por eso, don Polo nunca se quitaba la camisa y gracias a ese conveniente arreglo logró sus grandes hazañas viriles y de explotación de la naturaleza y de otros seres humanos; no fue tan listo como creía, dijo mi compadre don Lucas, por qué no le pidió al malo que le diera talento artístico o por lo menos que viviera fuerte y potente unos doscientos o más años, en lugar de pedirle el oro que se pudre cuando uno envejece, enferma y muere



atravesé la plaza cuando clareaba; el reloj de la torre del ayuntamiento marcaba las seis y treinta, un militar con quepí pasó al trote en un caballo blanco, vi pasar al tranvía de mulitas que acarrea caña de azúcar al ingenio Nueva Zelandia; una mujer, con rebozo negro, pasó a mi lado con un rosario en la mano, una calandria cantó desde la fronda de un mango; una señora se asomó desde el balcón de su casa y me dijo adiós con la mano; oí los repiques de la esquila de la iglesia; una mano rasgueaba en la guitarra las notas de *La Paloma*; la mañana estaba fresca y pensaba que esa noche a las siete me iban a perforar los lóbulos de las orejas para ponerme aretes; qué alegría poder lucir aretes o zarcillos, no veía la hora para traerlos y que brillaran a la luz del sol o de la luna; eso y ponerme a escondidas los perfumes de mi mamá era lo que más me emocionaba; llegué a la escuela y estudiamos la conjugación del verbo amar; amo, amé, amaré, amare, si hubiera amado, si hubiere amado, si amara; hubiera sido mejor que me hubieran amado y no que me hayan amado sin yo haber amado; he amado, ¿habré amado?; en el recreo nos juntamos cuatro niñas en un corrillo y la mayor dijo: hoy vamos a saber si don Polo tiene pacto con el diablo; dicen que lo tiene tatuado en la espalda; la cola, los cuernos y los ojos de rojo, y el resto de azul; como está un poco gordo a veces la



cola se mueve; sé cómo podemos verle la espalda; siempre se baña a las cuatro en punto; cuando se esté bañando lo espíamos por las rendijas de la caseta donde se baña; quedamos de vernos en el solar que está detrás de la casa de don Polo; me fui a la casa pensando que no estaba bien que unas niñas espíaran a un hombre desnudo mientras se bañaba, y pensé en decirle a mi madre, pero cuando mi padre vino a comer y mi madre destapó la olla del puchero, me fui olvidando de todo y comencé a pensar que tal vez en la noche iba a poner la oreja, ya con aretes nuevos, en la cerradura de la habitación de mis padres y tratar de oír su conversación en susurros; papá —pregunté— ¿tú crees que don Polo tiene pacto con el diablo?; mi padre se rió y dijo: el gran malo es una invención para explicar la maldad humana; no sabemos casi nada, pero yo creo que el diablo no existe; no le preguntes al cura y a las monjas porque ya sabes qué te de dirán; mi padre era tenedor de libros y poeta y, como él decía, librepensador, y me dijo que la riqueza de don Polo la había hecho con sudor y sangre explotando a los indios y que la gente ignorante y supersticiosa creía que los hombres ricos o con cierto éxito habían hecho pacto con el diablo y que uno no tenía que admirar a las gentes con dinero y me dijo: tú no eres más que nadie ni tampoco menos; así que cuando llegué con las demás niñas lo primero que les dije es que tal vez el diablo ni existía y que deberíamos abandonar

el empeño de ver desnudo a don Polo, quien ya era un viejo enfermo; ninguna me hizo caso; la mayor me dijo: mira, en esa caseta de madera es donde se baña el tatuado; tiene muchas rendijas y por ellas nos podremos asomar; se baña con un balde grande de agua caliente y con un cántaro con asa se echa el agua en la cabeza y el cuerpo y después se enjabona y se restriega con sosquil; vamos a ir calladitas y cada una de nosotras cuatro se asoma por una rendija; nos quedamos al acecho; vimos llegar a un hombre con un balde de agua humeante, y después entró don Polo a la caseta, sin hacer ruido nos fuimos acercando las cuatro niñas a la caseta; todas llevábamos vestidos amplios, con hombreras y manga larga; llegamos a la caseta y nos asomamos por las rendijas; al principio no vi nada; adentro estaba todo oscuro; después vi a un hombre alto y moreno, de espaldas; traté de discernir el tatuaje del maligno, pero no podía estar segura, las cuatro niñas pegamos más el ojo a las rendijas y la madera crujió un poco; Amapola, la mayor, dejó escapar una risita, como sin querer; sin prisa, don Polo volteó su cuerpo y quedó de frente a nosotras, con los ojos entrecerrados y una gran sonrisa, dijo: sí niñas, sí es verdad, sí es cierto que tengo pacto con el demonio; sí es cierto que lo invoco con aullidos en las noches de luna llena, sí es cierto que tengo tatuado al diablo en la espalda; después se tomó el miembro con la mano derecha y dijo: aquí tengo la cola. **U**